

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Europa en el siglo xv.— Descubrimientos anteriores al de América.— Motivos que los impulsaron.— Cristóbal Colón.— Su nacimiento; sus estudios; la profesión que abraza.— Pretende buscar por el Oeste un paso á la India.— Origen y fundamentos de su convicción sobre la existencia de los países occidentales.— Solicita la cooperación de varias potencias europeas.— España accede á sus instancias y le confía tres naves pequeñas.— Emprende con ellas su primer viaje al hemisferio occidental.— Su éxito.— En su cuarto viaje estuvo á punto de descubrir Yucatán.— Expedición de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís.

El que escribe la historia de un país americano no puede resistir á la tentación de dar una noticia, aunque sea ligera, sobre el ilustre navegante que reveló al antiguo mundo la existencia del nuevo, y sobre las circunstancias que precedieron y acompañaron á su descubrimiento. Este suceso, el más extraordinario que se registra en los anales del género humano, arrastra la pluma del historiador, así por lo maravilloso del asunto, como porque forma la base del cambio radical que se obró entonces en las instituciones de América y en el modo de ser y costumbres de sus habitantes.

En el último tercio del siglo xv, la Europa estaba preocupada con la solución de un problema geográfico, en que la Ciencia, la Religión y el Comercio, sobre todo, estaban

vivamente interesados. Tratábase de buscar un paso por mar á las Indias Orientales. Las producciones de este remoto país, que formaban y forman aún la delicia de los europeos, sólo podían conseguirse á precios muy elevados, á causa de la inmensa distancia que tenían que recorrer para llegar á los mercados donde podían comprarlas. Después de atravesar vastas regiones del Asia por varios medios de locomoción y escoltadas por caravanas numerosas, llegaban por fin á Constantinopla, donde los mercaderes italianos las tomaban para esparcirlas por toda la Europa. Los venecianos y los genoveses se habían hecho tan ricos con este comercio, que podían rivalizar en opulencia con muchos príncipes soberanos.

En el reino de Portugal se habían hecho ya varias tentativas para arrancar á estos mercaderes el monopolio de los codiciados productos del Oriente. El príncipe Enrique, cuarto hijo del rey Juan I y de Felipa de Lancáster, había formado el audaz proyecto de buscar por mar un paso á la India, que debería abreviar y facilitar considerablemente el trayecto que hasta entonces recorría el comercio. Era D. Enrique un príncipe ilustrado; se había aplicado al estudio de las ciencias, especialmente á la Geografía, y en los libros de la sabia antigüedad había leído con agradable sorpresa que los fenicios y los cartagineses, no sólo habían circunnavegado el Africa, sino que habían llegado hasta la India. En la posición que ocupaba cerca del trono, D. Enrique pudo armar sucesivamente buques que, navegando siempre al Sur, reconocieron una gran parte de la costa africana hasta el cabo Verde. Muerto el príncipe, las expediciones se continuaron durante tres reinados sucesivos, hasta el año 1486, en que los portugueses descubrieron el cabo de *Buena Esperanza*, sin atreverse á doblarlo, porque llevaban muchos meses de haber salido de Lisboa, y sus débiles embarcaciones se encontraban en un estado deplorable.

Aunque el resultado no correspondiese exactamente todavía á las esperanzas que se habían abrigado, las observaciones hechas en estos viajes comenzaban á hacer creer que no era quimérica la empresa en que D. Enrique había empeñado á sus compatriotas. A medida que los navegantes habían avanzado hacia el Sur, se había notado que el continente africano comenzaba á inclinarse hacia el Sureste y se esperaba que, doblado el cabo de Buena Esperanza, se podía navegar francamente hacia el Este para encontrar las ambicionadas costas de la India. Cuando empezaba á popularizarse este pensamiento en toda la Europa, mientras que los sabios ocurrían á la Ciencia y á los antiguos manuscritos para investigar la posibilidad del proyecto, y entretanto que afluían á Lisboa marinos de todos los países para tomar parte en las expediciones lusitanas, presentóse en la escena un hombre, oscuro hasta entonces, que se proponía también abrirse un paso para la India, no por el Oriente, donde todos lo buscaban, sino por el rumbo enteramente opuesto, es decir, por el Oeste.

Este hombre se llamaba CRISTÓBAL COLÓN.

Como Homero y como Cervantes, el ilustre descubridor de la América ha recibido la honra póstuma de que varias ciudades se disputen la gloria de haberle dado la existencia. La disputa está todavía en pie; porque aunque se sabe que era natural de Génova, se ignora aún á cuál de las poblaciones de aquella antigua República deba adjudicarse el honor que muchas de ellas solicitan. La misma confusión reina sobre el año de su nacimiento. Los historiadores han hecho varios cálculos y conjeturas para fijar esta fecha; pero á pesar de todo vagan en una época que abraza doce años: de 1435 á 1447 (1). Tampoco se sabe quiénes fueron los padres de Colón, aunque ya se comprenderá que, tratándo-

(1) WASHINGTON IRVING, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, capítulo I.—ROBERTSON, *Historia de América*, libro II, nota 11.

se de un hombre ilustre, nacido en Europa en el siglo xv, no ha faltado entre los escritores trasatlánticos la pretensión de hacerle descender de una familia noble y antigua. Su hijo Fernando, que hizo infructuosas pesquisas sobre el particular para la historia que escribió, pone fin á sus dudas con esta bella frase: «Creo que menos dignidad recibiría yo de ninguna nobleza de abolengo, que de ser hijo de tal padre» (2). En resumen: todo lo que se sabe de la familia de Colón es que su padre era un tejedor ó cardador de lana, y que muchos miembros de ella habían abrazado la trabajosa profesión de marinos, por la pobreza á que habían llegado.

No obstante la penuria de su casa, el niño que más tarde debía legar á la Historia un nombre tan glorioso, tuvo una educación que podía llamarse esmerada en su época. Muy temprano aprendió á leer y escribir, y como se notó en él una vocación muy decidida al estudio—especialmente al de los ramos que constituyen á un buen marino—se le envió á la universidad de Pavía, donde adquirió los primeros rudimentos del latín y del Dibujo y cursó con ardor la Geometría, la Geografía y la Astronomía. A pesar del corto tiempo que Colón permaneció en las aulas, acaso porque su pobre familia carecía de recursos para sostenerle en ellas, su vasta inteligencia y su amor al estudio le hicieron adquirir profundos conocimientos en estas ciencias, que estaban todavía en mantillas.

A la edad de catorce años hizo su primer viaje de mar. Comenzó por el Mediterráneo, cuyos puertos visitó; navegó luego por los mares del Norte, hasta más allá de Islandia, y se asoció por último á un individuo de su familia, que hacía el corso contra los turcos y venecianos, enemigos de los genoveses. Combatiendo en cierta ocasión contra unas carabelas venecianas cerca de las costas de Portugal,

(2) WASHINGTON IRVING, *ubi supra*.

la vida de Colón corrió un grave peligro, de que quiso salvarlo la Providencia, que le había escogido para las más altas empresas. Una nave veneciana comunicó el incendio á la que éste montaba, y en aquel momento de angustia, el audaz genovés se arrojó al mar, y asiendo de un remo que flotaba sobre el agua, nadó dos leguas para ganar la orilla.

No le pesó á Colón haber llegado, aunque de tan peligrosa manera, á Portugal, en cuya marina tenía deseos de servir, y corrió á Lisboa para ejecutar su designio. Allí contrajo matrimonio con una hija de Bartolomé de Perestrello, uno de esos héroes de las expediciones portuguesas, cuyos servicios había premiado el rey con el gobierno de Porto-Santo y de Madera, islas que él mismo había descubierto. Perestrello había dejado al morir varios mapas y apuntes, que su yerno pudo consultar, y que le sirvieron mucho para algunos viajes que hizo luego á las costas de África y á las islas recientemente descubiertas.

Parece que por este tiempo surgió en la mente de Colón el atrevido pensamiento de buscar por el Oeste el paso que los lusitanos buscaban por el rumbo opuesto. No entra en el plan de esta obra examinar los principios científicos, las revelaciones de la antigüedad y las narraciones más ó menos confusas de los viajeros, que produjeron en el ánimo del genovés la convicción de que un viaje al Occidente de Europa tendría un éxito brillante. Nos contentaremos con decir lo más indispensable para la inteligencia de esta materia.

Era aquella la época del Renacimiento. La Imprenta acababa de inventarse; las ciencias comenzaban á salir de los conventos para difundirse entre la nobleza y la clase media, y los libros de la docta antigüedad se extraían de los archivos, donde los había sepultado la ignorancia y el fanatismo de la Edad Media. Se estudiaban las lenguas muertas y se les interrogaba sobre multitud de conocimientos olvidados hacía muchos siglos en Europa.

Colón estudiaba mucho y meditaba más. Creía, con algunos filósofos griegos, en la forma esférica de la tierra, aunque Tolomeo, el oráculo de la Geografía en aquella época, había dicho que era plana, que estaba inmóvil y que los astros giraban alrededor de ella. Pero Tolomeo había negado también los viajes que los fenicios y los cartagineses habían hecho alrededor del África, y los descubrimientos de los portugueses comenzaban á desmentirle.

Dada la forma esférica de la tierra, era claro que podía buscarse el Este por el Oeste. En cuanto á la distancia que habría que recorrer, Colón se la imaginaba mucho menor de la que existe en realidad, gracias á que se ignoraba entonces la verdadera extensión de la superficie del globo. Imaginábase, además, que necesariamente debían existir en el lado opuesto de la esfera terrestre tierras que contrapesasen el continente conocido, las cuales debían ser, ó una prolongación del Asia, que aun no había sido explorada, ó cuando menos algunas islas proximas á las costas orientales de aquella parte del mundo.

Además de las obras de la antigüedad, Colón leía con avidez las relaciones de los viajeros que en los tres siglos anteriores se habían internado en el Asia con diversos motivos. El más célebre de todos, Marco Polo, que había vivido á mediados del siglo XIII, no se contentó con describir la Persia, la China y los demás países que había visitado, sino que habló también de una gran isla llamada *Zimpan-go*, sobre la cual decía haber recibido los informes más seductores. Si á esto se añade la fabulosa Atlántida de Platón, que este filósofo colocaba al oeste de España, las preocupaciones vulgares sobre la existencia de la isla de San Brandán y la de las siete ciudades, y las confusas relaciones de algunos navegantes que pretendían haber visto flotar, en remotas partes del Atlántico, maderos y plantas desconocidas en Europa, se comprenderá fácilmente que todos estos hechos y paradojas, por extravagantes que pu-

dieran parecer, aun al mismo Colón, no dejaban de influir en su ánimo, siquiera como el presentimiento universal de que no era absurda la idea que acariciaba.

Los adelantos hechos en la navegación durante aquel siglo, hacían fácil la realización del proyecto. La brújula, inventada hacia el año 1302 por Flavio Gioia, y el astrolabio, perfeccionado recientemente en Lisboa, habían animado á los navegantes poco á poco á olvidar la antigua costumbre de no perder de vista las costas, y gracias á estas invenciones, los portugueses habían descubierto la Madera y las Azores, islas que distan de la tierra, la primera, trescientas millas, y las segundas, novecientas.

Luego que Colón hubo adquirido la convicción profunda de que su proyecto era realizable, comprendió que necesitaba de la cooperación de un Estado soberano para acometer la empresa. Dirigióse con este objeto, en primer lugar, al país en que había nacido; pero los senadores genoveses tacharon de visionario á su compatriota y se negaron á admitir sus proposiciones. Ocurrió en seguida al Portugal, su patria adoptiva; mas el rey y algunos pretendidos sabios de Lisboa, sorprendidos con la audacia de aquel aventurero que intentaba buscar por el Oeste lo que ellos buscaban por el rumbo contrario, pagaron sus ofertas con una desdenosa negativa (3). Entonces Colón volvió los ojos á España; pero receloso de una nueva repulsa, porque la experiencia comenzaba á hacerle desconfiado, despachó al mismo tiempo á su hermano Bartolomé á Inglaterra, autorizándole para proponer la empresa al rey Enrique VII (4).

(3) Cuéntase que los consejeros del rey propusieron á éste que mandase secretamente una nave hacia el rumbo que indicaba Colón, con el objeto de buscar las tierras de que hablaba. Juan II tuvo la debilidad de escuchar el consejo; pero el piloto que se envió en la expedición se cansó muy pronto de navegar al Oeste y se volvió á Lisboa, haciendo burla de Colón y de lo que llamaba su quimérica empresa.

(4) La nave en que Bartolomé Colón se embarcó para Inglaterra, fué apre-

España empezaba á levantarse del estado de postración á que la habían reducido muchos siglos de divisiones y discordias civiles. Los reinos de Castilla y de Aragón acababan de reunirse, gracias al matrimonio de Isabel y de Fernando, monarcas que ocupaban á la sazón el trono. A este estado de prosperidad debió seguramente Colón la buena acogida que la corte dispensó á su proyecto, no obstante que todos los recursos de la monarquía estaban empeñados en la guerra de Granada. Pero con el recelo, muy natural por cierto, de aventurarse en una empresa quimérica, previnieron al genovés que compareciese ante una Junta de sabios que debía reunirse en Salamanca para examinar su proyecto.

Tenían lugar estos sucesos por el año 1486, época en que, no sólo en España, sino en toda la Europa, teólogo era sinónimo de sabio. Así, pues, la Junta de Salamanca se compuso en su mayoría de teólogos, y la mayoría de las objeciones que se opusieron á Colón fué tomada de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. La forma esférica de la Tierra fué condenada, no sólo como una idea falsa, sino también heterodoxa, porque en algún pasaje de la Biblia se dice que los cielos están extendidos como un cuero, lo que hacía suponer á sus comentadores que la Tierra era plana. La existencia de países habitados al lado opuesto del globo, suponía la de los antípodas, la cual fué rebatida con la autoridad de San Agustín y de otros doctores de la Iglesia, quienes tachan á aquéllos de imposibles, porque el

sada por unos piratas, quienes, después de despojarle de cuanto llevaba, le tuvieron muchos años en cautiverio. Cuando Bartolomé se vió libre, corrió á Londres; pero en tal estado de miseria, que se vió obligado á construir mapas y cartas geográficas para ganar su subsistencia y vestirse. Pudo al fin presentarse en la corte, y se dice que Enrique VII le escuchó benignamente y le prometió asociarse con su hermano. Bartolomé se apresuró á volverse á España por Francia; pero en París quedó agradablemente sorprendido, sabiendo que Cristóbal había ya descubierto el Nuevo Mundo, á despecho de cuantos le llamaban visionario.

Génesis enseña que todos los hombres descienden de Adán, y no se sabía ni se creía posible que esta descendencia hubiese pasado en parte al otro lado del Océano. Hiciéronse objeciones de otro género, como la de que, dada la existencia de las tierras que Colón suponía, se necesitarían tres años para hacer el viaje, y la de que, llegado á cierto punto del Océano, no podría volver con sus naves á Europa, porque se lo impediría la misma convexidad del globo (5).

No sabemos cómo Colón no pasó de los bancos del Consejo á los calabozos de la Inquisición, que acababa de establecerse en España. Esto nos admira tanto más, cuanto que Galileo, que tenía en Física las mismas opiniones que el descubridor de América, fué condenado medio siglo después por la Inquisición de Roma á abjurar públicamente sus *errores*. Por fortuna, los miembros del Consejo de Salamanca vieron en Colón más bien un iluso que un hereje, y se contentaron con informar desfavorablemente á la corte sobre el proyecto que se había sometido á su examen. De esta Junta salieron, no obstante, algunos hombres verdaderamente instruidos, que fueron después los apóstoles de la empresa y los que ayudaron al que la había concebido á realizar sus deseos.

Más de cinco años perdió Colón en España entre repulsas, vacilaciones, dilatorias y esperanzas siempre frustradas. Cansado al fin de hacer el papel de pretendiente, que no se avenía con la dignidad de su carácter, hizo sus preparativos para marchar á Inglaterra; pero próximo ya á embarcarse, le alcanzó un correo de Isabel, que le llamaba á su corte, y en 17 de abril de 1492 se firmó en Santa Fe, entre los soberanos de España y Colón, un tratado que contenía las bases bajo las cuales se emprendería el descubrimiento.

(5) WASHINGTON IRVING, obra citada, libro II, capítulo IV.